

LAS NAVAS DE TOLOSA

Francisco García Fitz

Ariel

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
CAPÍTULO I Orto y ocaso de un mito historiográfico	15
La batalla medieval en la historiografía moderna: del predominio al eclipse	15
La formación del mito: el impacto sobre los contemporáneos	40
Capítulo II La batalla en su contexto estratégico	59
Una guerra por el control del espacio	59
El contexto estratégico de la batalla: del cerco a la cabalgada	65
La dudosa aportación estratégica de la batalla: excesivos riesgos, rentabilidades inciertas, escasos ejemplos	70
El vértigo de la excepción: la batalla con propósito estratégico. La singularidad de Las Navas	82
CAPÍTULO III La confluencia política hacia Las Navas	101
Precedentes remotos, enseñanzas útiles: del régimen de parias a la crisis del dominio almorávide	102
Ante el proceso de implantación almohade	107
¿Frente al esplendor norteafricano?	114
Las Navas: una difícil unidad de acción frente al islam	133
CAPÍTULO IV La ordenación de los recursos militares (I). Castilla ...	155
Obligaciones militares y fórmulas de reclutamiento. Su concreción en torno a Las Navas	156
La composición del ejército castellano a principios del siglo XIII. El contingente cristiano en Las Navas de Tolosa	183
Cadenas de mando	224

Financiación y abastecimiento de las huestes. El reto logístico de la campaña de 1212	241
CAPÍTULO V La ordenación de los recursos militares (II). El ejército almohade y su concreción en Las Navas	265
Un Estado almohade «belicista» sobre una sociedad andalusí no militarizada	266
En torno a la estructura del ejército almohade	275
Los elementos del ejército almohade. Su participación en Las Navas ...	301
Financiación y abastecimiento: las bases logísticas del ejército almohade	359
CAPÍTULO VI Los recursos ideológicos: reconquista, Cruzada y <i>ŷhād</i>	389
Reconquista y Cruzada	391
CAPÍTULO VI Desarrollos tácticos	475
La magnitud de las fuerzas enfrentadas: el problema del número	476
La importancia táctica del terreno. El escenario de Las Navas	491
Las formaciones de combate	497
Los movimientos tácticos	515
A modo de conclusión: La Navas, ¿una batalla decisiva?	537
<i>Fuentes</i>	547
<i>Bibliografía</i>	555
<i>Mapas</i>	
1. Itinerario de los ejércitos	77
2. Escenario de la batalla	96
3. La Península Ibérica a mediados del siglo XII	108
4. Disposición de los ejércitos	495

INTRODUCCIÓN

El 16 de julio de 1212, un ejército cruzado encabezado por Alfonso VIII de Castilla y reforzado con la presencia de Pedro II de Aragón y de Sancho VII de Navarra se enfrentaba en las estribaciones de Sierra Morena a un contingente islámico dirigido por el califa almohade, Abā 'Abd Allāh Muḥammad al-Nāsir e integrado por fuerzas norteafricanas y andalusíes. Aquel choque campal acabaría conociéndose como la batalla de *Las Navas de Tolosa* y sería muy pronto considerado como un acontecimiento decisivo para la expansión territorial de los reinos cristianos y el definitivo retroceso de al-Andalus, como un hito que marcaría un punto de inflexión en las relaciones entre musulmanes y cristianos en la Península Ibérica.

Desde muchos puntos de vista, aquél fue un suceso que rompió los moldes de la cotidianeidad para pasar a formar parte del «selecto club» de los acontecimientos extraordinarios. El propio hecho —la batalla— resultaba excepcional en un mundo en el que la guerra se hacía, habitualmente, a base de incursiones devastadoras o de cercos de castillos y ciudades. Pero, además, tanto los comportamientos de los protagonistas como las dimensiones de las fuerzas y las magnitudes de los recursos empleados convertían a Las Navas en una operación única en su género, al menos en el contexto hispánico: nunca antes se había buscado tan conscientemente la batalla como instrumento para dirimir un conflicto armado, ni se habían confrontado tal cantidad de hombres ni movilizados tantos medios.

No obstante, por muy excepcional que fuera aquel enfrentamiento, sólo resulta comprensible dentro del marco general en el que tuvo lugar. «Las batallas —afirma un gran especialista en Historia Militar— pertenecen a momentos definidos de la historia, a las sociedades que preparan los ejércitos que las ejecutan, a las economías y a las tecnologías que sostienen

a esas sociedades».¹ Partiendo de esta convicción, la obra que el lector tiene entre sus manos pretende analizar esta importante batalla, lo que implica explicar las relaciones políticas entre diversos reinos en el momento en que tuvo lugar, aclarar los objetivos de los contendientes, estudiar los recursos que pusieron en liza y los movimientos tácticos que realizaron durante aquella jornada. Pero aspira a algo más. Aspira a poner *en perspectiva* lo que allí ocurrió, a ampliar el foco para procurar una más amplia comprensión de aquel choque, a poner de manifiesto los diversos contextos en los que la batalla de Las Navas de Tolosa se inserta y se explica.

Y es que lo sucedido aquel día de julio de 1212 fue verdaderamente extraordinario, pero los mecanismos políticos que se pusieron en marcha, los recursos institucionales, económicos, militares e ideológicos que se involucraron, e incluso la forma en que finalmente se enfrentaron los adversarios en el campo de batalla, no están fuera de tiempo y de lugar, sino que son los propios de una época determinada y de unas sociedades concretas. Decía Ibn Jaldún que «las guerras y los combates de toda especie no han cesado jamás de tener lugar entre los hombres desde que Dios los ha creado»,² pero conviene tener en cuenta que en cada momento se han librado de una manera distinta y con unos medios diferentes, se han justificado con unos argumentos específicos y han tenido un sentido particular para cada sociedad. Precisamente por eso el estudio de una batalla no puede estar al margen de la historia, de las instituciones, de la economía, de la sociedad, de la ideología, de los desarrollos políticos de los que forma parte.

Nuestra propuesta sobre Las Navas de Tolosa parte de estas premisas «contextualizadoras», y por eso hemos intentado que cada elemento, cada movimiento, cada recurso pueda ser contemplado sobre un plano extenso que permita superar la estrechez del acontecimiento. Ello nos ha llevado, en primer lugar, a reflexionar sobre el «mito historiográfico» de la batalla campal, lo que implica abordar el tratamiento que habitualmente reciben estas operaciones en la historiografía especializada, pero también estudiar el impacto mental que aquellas operaciones tenían sobre los contemporáneos. Tal vez con ello se pueda recolocar adecuadamente a la batalla en el lugar que le corresponde, relativizar su importancia, dar cuenta de su dimensión más allá de las apreciaciones de quienes quedaron encandilados por el brillo de un suceso extraordinario.

1. Keegan, J.: *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990, pp. 326-327.

2. Ibn Jaldún: *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*, estudio preliminar, revisión y apéndices de Elías Trabulse, México, 1997, p. 493 [en adelante: *Al-Muqaddimah*].

Para tener una idea cabal de lo que aquellos choques significaban en el plano estrictamente militar, hemos procurado insertar la batalla en su contexto estratégico, dentro de un panorama bélico dominado por operaciones concebidas para controlar el espacio, no para destruir a las fuerzas armadas del enemigo. En este escenario, las colisiones frontales habitualmente no eran buscadas, sino que se presentaban como lances inevitables en el curso de un cerco o de una cabalgada: los riesgos de la batalla eran excesivos y la rentabilidad incierta. De ahí su rareza. En esto, sin embargo, Las Navas de Tolosa es una excepción digna de ser destacada: pocas veces a lo largo de la Edad Media una batalla tiene, en sí misma, un propósito estratégico. Las Navas lo tuvo, de ahí su extraordinaria singularidad.

Aquel enfrentamiento fue el fruto de una decisión bélica y del desarrollo de una estrategia militar determinada, pero carece de sentido si no se le inserta en el contexto de las relaciones políticas establecidas entre los estados cristianos, el Papado y al-Andalus desde finales del siglo XI, en unas dinámicas políticas que confluirían en los primeros meses de 1212 de una manera muy particular. El desarrollo es complejo, pero debe tenerse en cuenta si se quiere colocar a la batalla en la perspectiva política adecuada.

La confluencia política condujo, en el verano de 1212, al choque en Sierra Morena de dos ejércitos, pero cada uno de ellos era expresión de una sociedad distinta —una cristiana y feudal, otra musulmana y tributaria— que organizaba sus recursos institucionales, militares y materiales según criterios específicos y, desde luego, muy diferentes al de su adversario. En el ámbito castellano, la ordenación de los recursos puestos en liza respondía al modelo general de las sociedades feudales occidentales, combinando obligaciones militares y fórmulas de reclutamiento diversos que daban lugar a ejércitos heterogéneos y, en lo sustancial, no permanentes. Con unos recursos financieros y materiales muy limitados, aquellos contingentes debían hacer frente al difícil reto de desplazarse, alimentarse y mantenerse sobre el campo hasta alcanzar su objetivo militar. También desde este punto de vista Las Navas ofrece una atalaya inmejorable para contemplar la realidad de los ejércitos feudales de principios del siglo XIII.

Los almohades, por su parte, ordenaron sus recursos siguiendo las tradiciones bereberes e islámicas. En este caso nos encontramos con una sociedad, la andalusí, mucho menos militarizada que sus vecinas cristianas del norte, pero sobre la que se superpone una estructura estatal muy belicista, la almohade, bastante más compleja y centralizada que la feudal. Como

resultado de todo ello, el contingente musulmán que se dio cita en Las Navas resultaba muy heterogéneo en su composición, pero con una fuerte dosis de «estatalismo» en su estructura y con unas bases financieras y logísticas muy desarrolladas.

Pero las partes que se encararon en Sierra Morena no sólo pusieron sobre el terreno sus recursos militares, materiales y organizativos, sino también sus recursos ideológicos, aquellos que servían para motivar a los combatientes, para alentar la guerra, para justificarla. Las tradiciones eran distintas en uno y otro bando y habían seguido sus propios desarrollos históricos, pero en ambos los argumentos religiosos y jurídicos venían a conjugarse para dar carta de naturaleza a ideologías que no sólo legitimaban la violencia, sino que además la sacralizaban: frente a los conceptos de *reconquista* y de Cruzada, los musulmanes podían oponer el de *ÿihād*, proponiendo así dos visiones antagónicas irreductibles.

Contando con estos recursos militares e ideológicos, cada contendiente procuró desplegar los desarrollos tácticos que resultaban posibles y adecuados según el número de guerreros disponibles, el terreno en el que estaban y las formaciones de combate que podían organizar en función del armamento y las fuerzas predominantes. Cada cual emprendió o intentó emprender los movimientos que le resultaban familiares en su respectiva tradición militar: la carga frontal de unos frente a la movilidad, la huida fingida y las maniobras envolventes de otros.

El resultado de la contienda es conocido. Lo que cabe plantearse es hasta qué punto aquella fue realmente una «batalla decisiva». Si lo fue, habría que aclarar para qué, para quién y en qué sentido fue decisiva. Claro que quizás no lo fue y acaso el resultado de Las Navas no vino sino a confirmar unas tendencias más profundas que, en cualquier caso, hubieran conducido a las consecuencias que se atribuyen a la batalla.

Hace dos décadas que venimos estudiando y reflexionando sobre la guerra medieval, y la batalla de Las Navas inevitablemente siempre nos ha resultado una referencia inexcusable en nuestro trabajo, como lo es para cualquiera que se acerque a estas materias. No obstante, ha sido durante los dos últimos años cuando hemos tenido ocasión de tratar monográficamente aquel encuentro para ponerlo en perspectiva, intentando ampliar lo que ya sabíamos y conocer muchas cosas que ignorábamos. No son pocos los amigos que nos han ayudado en este camino, que a veces nos ha resultado de tan difícil y áspero tránsito como la bajada del desfiladero de Losa para los cruzados de 1212. A todos ellos queremos expresarles nuestro agradecimiento. De una manera particular a nuestros maestros y amigos de la Universidad de Sevilla, Manuel González Jiménez, Mercedes

Borrero Fernández, Isabel Montes Romero-Camacho y Manuel García Fernández, de cuya disponibilidad he abusado en más de una ocasión. A Jon Andoni Fernández de Larrea, siempre dispuesto a localizar navarros. A Alejandro García Sanjuán, profesor de la Universidad de Huelva, que nunca se cansó de atender mis dudas, de leer algunos capítulos y de suplir, con una prodigalidad que no podré compensar, mis muchas carencias con las fuentes árabes. A Francisco Javier Tovar, latinista de la Universidad de Extremadura, por sus siempre atinadas indicaciones y sugerencias sobre los textos latinos. A M.^a Jesús Merinero, profesora de Historia Contemporánea de esta misma Universidad, cuyo conocimiento del medio islámico me ha permitido, en más de una ocasión, no caer en tópicos demasiado establecidos. De una manera muy especial, quiero dar las gracias a Martín Alvira Cabrer, sin duda una de las personas que más saben sobre la batalla de Las Navas de Tolosa, que no sólo se ha prestado a leer, comentar y mejorar partes sustanciales de este libro, sino que además ha mostrado conmigo una generosidad a la que difícilmente seré capaz de corresponder. Quede constancia de mi deuda para con él. Mi agradecimiento también a todos aquellos que me han facilitado sus trabajos o que han permitido que utilice sus textos todavía inéditos, como Emilio Mitre, Victoria Aguilar, Antonio Sánchez de Mora, Damian Smith, Mayte Penelas, David Porrinas, J. P. Molènat y Maribel Fierro, que tuvo la amabilidad de leer algunas partes y hacerme sugerencias inteligentes. Quiero expresar también mi agradecimiento y reconocimiento a Esther Kirschberg, cuyo trabajo y dedicación me resultan tan indispensables como impagables. Bajo su techo y el de Javier Muñoz pude ver la luz al final de este túnel. A su hospitalidad y afecto se lo debo. Por último, mi agradecimiento singularmente sentido hacia Deborah, que ha leído con paciencia desde la primera a la última página, que ha corregido sin piedad el texto, que me ha obligado a pensar con sentido común y a trabajar con disciplina, que ha sugerido con tino y que, sobre todo, me ha soportado con un estoicismo envidiable. Y a Pilar, por ser y estar.